



**Consejo General
de Hermandades y Cofradías
de la Ciudad de Sevilla**

Pregón

Semana Santa 1983

Enrique Osborne Isasi

**Pregón de la Semana Santa
Sevilla
8ç20 de marzo de 1983
Enrique Osborne Isasi**



Un jueves Santo de mi niñez, cuando el Cristo de la Fundación iluminaba con su muerte la noche de Sevilla, cuando esperaba que la vacilante luz de sus severos faroles me descubriesen algo más aquella angostura de la calle Francos, no sabía que venías tú bajo la segunda trabajadera de paso.

Se había hecho el silencio más sonoro bajo la cruz del Señor de los Negritos porque sus brazos casi tocaban los forjados de los balcones y sólo la voz ronca del capataz cadenciaba vuestros pies.

En aquel Jueves Santo de mi niñez, sintiendo en mi espalda la fría cal de la calle, contemplaba fijamente el rostro de luz y sombra del Cristo cuando tú pasaste. No sé si fue su lúcida mirada ciega, no sé si fue el emocionado crujir de la parihuela sobre vuestros hombros, pero sé que te dije:

- ¡Ánimo, valiente!

Y fue tu jadeante voz, costalero - ¿o fue la voz de Él? - la que me rompió el alma cuando contestaste:

-Gracias, amigo.

A ti, costalero anónimo de Sevilla,

a ti, que no sé si le muestras hoy a tus nietos las luces y las sombras del Cristo de la Fundación por la calle Francos o lo ves ya en la perenne e inacabable Luz,

a ti, desconocido hermano, que me dijiste la palabra más hermosa que se le puede decir a un hombre desde que Él, antes de morir, nos llamase amigos en vez de siervos,

a ti, sin más poder que tus manos encallecidas, sin más patrimonio que la ternura de tus hijos,

a ti, sevillano, que alcanzaste en un instante la Sabiduría frente a la necesidad de tantos sabios y prudentes de este mundo,



a ti, amigo entrañable de aquella lejana noche, quisiera tenerte hoy a mi lado para que me dictaras a golpe de «chicotá» este Pregón.

¡Qué puedo decir yo hoy que no pudieras contar tú, si fuiste tú y no yo quien soportaste su dulce peso!

¡Qué lección magistral nos darías, costalero de Sevilla en mi niñez, tú, catedrático en el único saber que cuenta, el que se dio a conocer a los humildes y sencillos de corazón!

Ven a mi lado, amigo entrañable, y dame tus labios andaluces, orgullosos de cantar a esta tierra de bendición, dame a sentir el latido de Sevilla en el hondón de tu alma, dame la inocencia de tus palabras, blancas de nuestra cal, llévame de la mano por esta Ciudad mágica, por esta Ciudad siempre desconocida, siempre añorada.

Porque han sido muchos años, Sevilla, alejado de ti. Han sido muchos años ausente de mis raíces, sediento de tu agua, privado de tus azahares, ciegos mis ojos a la tersa luz de tu mañana, seco mi corazón de la nostalgia de tu atardecer.

Han sido muchos los caminos recorridos fugazmente para verte un instante, para decirme que estabas aquí, intacta e intocable, para marchar con tu aroma recogido en mi pecho y tus flores en mis manos.

Han sido muchos años, Sevilla, alejado de Ti.

Ven, costalero amigo, y goza conmigo del reencuentro, y dime que encontré de nuevo la piedra preciosa, y que esta Ciudad vuelve a ser mía, y que de nuevo me sonrío su fulgor y que se me colman los ojos de su luz, y que siguen corriendo rumorosas las fuentes de mi juventud.

Ven, y ayúdame a gustarla y sentirla como la siente Dios.

Ven, costalero de mi niñez, coge mi corazón sobre tus fuertes hombros y aguanta mientras le digo a la Sevilla cofrade, mientras le digo a la Sevilla entera, mientras os digo bajo la trabajadera de la Cruz de nuestro Dios:

*¡Gracias, Sevilla, porque estás ahí,
Simplemente porque eres,
simplemente porque te quiero!*



Excelentísimo y Reverendísimo Señor,
Excelentísimos e Ilustrísimos Señores,
Consejo General de Hermandades y Cofradías,
Cofrades de Sevilla,
Señoras y Señores:

Cuando a un sevillano se le ofrece el don de exaltar la Semana Santa en su misma Ciudad, se le entrega la llave de su propio corazón, no la llave de Sevilla.

Porque sólo Dios conoce el misterio de esta Ciudad inabarcable.

Entre nosotros hay muchas formas de ver y sentir Sevilla. Tantas como sevillanos. Y muchos modos de vivir nuestra Semana Mayor, todos legítimos si se ha vibrada alguna vez con el eco secreto de la Ciudad.

Cuando hace unos meses me comunicaron mi designación como Pregonero de este año, sentí en mí la impotencia del filósofo que quisiera abarcar la razón última de todas las cosas. Sólo me quedaba una actitud: alejar mis sentidos de la Sevilla anecdótica y superficial de cada día y ponerlos a cavar sin descanso, buscadores del eco de la Ciudad en la tierra. Intentar dar, mediante un golpe certero, con el agua intacta y fresca como el primer día y el último de esta Sevilla eterna.

¡Vano propósito de niño soñando con tesoros al alcance de la mano! El eco profundo de Sevilla se me ha ido entre los dedos...

Pero sé que nadie espera de mí el hallazgo del filón último de esta Ciudad.



Sé que el Consejo General de Hermandades y Cofradías extremó, al proponerme, su fe en el hombre, pensando quizá que hablaría más el corazón que la ciencia, quizá «porque sólo el corazón habla al corazón; la lengua sólo habla a los oídos».

Sé que el Excmo. Sr. Alcalde, al aceptar la propuesta, pensó que un Pregón no hace mejor nuestra Semana Santa, pero sí puede hacer mejor al Pregonero.

A todos los que me hicieron este regalo supremo, gracias, emocionadas gracias.

Mi gratitud al Ilmo. Sr. Concejal Delegado de Cultura que en sus palabras encontró cariñosamente la aguja que me beneficiaba en el pajar de mis carencias.

Y gracias a vosotros, sevillanos, que al conjuro de esta Primavera religiosa, sabéis convertir el agua insípida del Pregonero en vino generoso, su debilidad en fortaleza, su emoción sincera en sabiduría.

Permitidme, monseñor, unas palabras de bienvenida a esta asamblea anual de los cofrades sevillanos. Toda Sevilla conoce ya su sencilla, franciscana entrega al servicio de nuestra Ciudad y a esa parcela de la comunidad cristiana que son nuestras Hermandades y Cofradías. Como obra humana, junto a sus luces, tienen sus sombras. Por ello mismo son Hermandades de Penitencia, que debe ser continua conversión. Y precisamente por ello necesitamos su presencia entre nosotros porque sabemos que vienen en el nombre del Señor. En el nombre de Jesús muerto y resucitado. No será este Pregonero quien le descubra el misterio hondo de nuestras Cofradías. Será el pueblo de Sevilla, siglos de sentido y honrada Fe corriendo por sus venas, quien lo haga. Y a su manera, en la sencillez de un gesto, en la espontánea hondura de una mirada. A ese pueblo le remito, porque yo nunca sabría ser su intérprete fiel en los días santos que se avecinan.

Todos sabemos también sus especiales muestras de delicadeza y amor por nuestro Sr. Cardenal que durante tantos años presidió este solemne acto. Llévelo una vez más el sincero afecto de los que hoy nos reunimos aquí, dígame que no le echamos de menos porque sabemos que su espíritu está con nosotros, y ahora que sufre en su cuerpo la Pasión de Cristo, dígame también que en los ojos alzados del Cachorro que él contempló hace unos meses bajo su balcón están todo el amor y la compasión de Sevilla.



Permitidme sólo a mí hoy que, si no encontré el eco de Sevilla, os deje entrever al menos el eco de Sevilla en mí.

Porque es precisamente en la celebración de la Semana Santa al modo de Sevilla donde este Pregonero ha vuelto a reencontrarse con su Ciudad.

Es precisamente en Semana Santa donde los sevillanos se encuentran al menos una vez al año entre sí, sin partidismos, sin clases, en el ejercicio espontáneo del amor, en la civilización de la convivencia.

Es precisamente en estos días santos donde más se encuentra Sevilla consigo misma, pues no en vano las Cofradías constituyen una de las señas de identidad más veraces de esta Ciudad. De alguna manera en estos días el sevillano vuelve a sus raíces, a su ancestral hogar, a lo radicalmente suyo.

Y es precisamente en Semana Santa donde se da el encuentro de Sevilla con su Dios.

En estos múltiples encuentros ningún sevillano puede estar ausente... aunque quisiera.

¿No es este acaso el eco secreto de la Ciudad tan indefinible como sutil?

Yo quisiera, costalero amigo de mi niñez, poseer el don de reunir al menos por una hora en mi corazón a la Sevilla entera, a la Sevilla creyente y a la agnóstica, a la Sevilla culta y a la ignorante, al barrio reciente y a la collación añeja, a la plaza recóndita y a la avenida luminosa, a la Sevilla aquí presente y a la Sevilla resucitada precisamente por la gracia de Dios en el misterio de su Pasión.

Y así, toda Sevilla, recogida en un solo corazón, encontrada y abrazada, doliente y jubilosa, presentársela a Él, el Hacedor de encuentros.



Un día soñé que Dios creaba Sevilla.
Ya había creado el universo, el agua, la luz, el fuego, el hombre.
Pasaron años y el agua no era fuente gozosa de la existencia, la luz era dominada por la tiniebla, el fuego destruía la vida y el hombre contaminaba el agua, la luz y el fuego.

Y vio Dios que aquello ya no era bueno.

Y pensó: «Hagamos una ciudad a imagen y semejanza de nuestra Creación original.»

Tomó en sus manos un valle pleno de sol, plantó amorosamente verdes olivos de la paz, hizo brotar blancos naranjos en flor y para regarlos desvió el cauce de un majestuoso río y removi6 con sus manos poderosas la tierra para que diese abundante fruto.

«Hagamos —se dijo— casas c6modas donde el hombre se retire del fecundo pero ardiente sol, y plazas alegres y recogidas donde escuche su cante, y calles amables de muros cercanos para que le sea f6cil al hombre el encuentro con su semejante, y un cielo tan l6mpido que el hombre lo crea tan suyo como la tierra que ya posee.»

Pero Dios record6 que todo ello ya lo haba hecho alguna vez y que al final el hombre le fall6.

«Esta vez ser6 distinto», pens6. «Har6 que habiten este valle distintos pueblos de la tierra porque la diversidad enriquece y unos aportaran el arte, otros la ley, otros la sensibilidad, otros la sabidur6a.»

Y de aquella llanura virgen surgi6 una fortaleza donde rein6 m6s la poes6a que la espada, y una torre donde la arcilla primitiva se convirti6 en surtidor de luz, y una catedral inmensa, el mayor esfuerzo g6tico por levantarnos de la tierra.

Vio Dios que aquello era bueno. Y se retir6 a descansar.



Al amanecer, se asomó a los pretilos de nuestras azoteas y vio con tristeza que el hombre no había sabido tampoco ser feliz. Había puesto cerrojos a sus puertas y a su corazón; el sol, promesa de vida, envejecía prematuramente a los más pobres; reinaba por doquier la marginación y el fanatismo; y hasta la luz y el perfume de la ciudad eran sólo luz y aroma de unos pocos.

Y Dios sintió pena.

Miró a su Hijo que lo dejaba hacer, miró a la Madre de su Hijo que callaba como aquel día de la Anunciación, contempló el rostro de intenso amor del Espíritu..., tomó de nuevo la ciudad entre sus manos, apretó contra su corazón de Padre el manojito de penas de Sevilla entera, lo acercó a sus labios... y lo besó.

¡Ese día, sevillanos, nació nuestra Semana Santa!

¿Qué es, si no, nuestra Semana Santa que el beso de amor de Dios en las heridas de nuestra Ciudad?

¿Qué es nuestra Semana Santa sino el misterio de Cristo muerto por amor a nuestra Ciudad y resucitado por el amor del Padre, para que en ella en adelante haya más resurrección que muerte?

Quien no lo entienda así, nunca sabrá por qué en Sevilla la Pasión de Dios es caudal de vida, no angustia de muerte.

Nunca sabrá por qué el dolor aquí es semilla de esperanza, no mala hierba de desventura.

Nunca sabrá por qué seguimos cantándole a Dios su muerte como bendita sin avergonzarnos de su cruz ni de sus llagas.

Quien no sabe del beso de Dios, nunca adivinará ese encuentro maravilloso entre dos misterios: el de Dios y el de Sevilla.

Hubo alguien que quiso pedirle razones a Dios cuando vio nuestra Semana Santa. Y Dios le contestó: «Es Sevilla y yo la quiero».

Y el Pregonero añade: «¡Y basta!».



Sevilla sabe que su Dios la quiere. No es el suyo un Dios lejano e inaccesible, que abandona al hombre a su suerte o que se vale de él a su capricho. Una noche de estrellas quietas y tibio amor difuso lo vio pasar por sus calles.

*Imposible su cruz si era Dios vivo,
imposible su rostro si era hombre solo
y caminaba herido.
Imposible sus manos de caricias llenas,
imposible si abrazar el dolor
y la oscura pena.
Imposible que Dios sufra
—Sevilla se decía—
pero no era hombre sólo
quien así sufría.
Era Pasión por el hombre amada,
andar quieto en luz quebrada,
silueta de Dios inusitada.*

Con Jesús de la Pasión —Majestad del dolor por sus calles—, Sevilla comprendió la cercanía de su Dios. Sabe que El asumió en su cuerpo nuestras debilidades, nuestra irredenta hambre y sed de amor, nuestro miedo y nuestra impotencia.

Tan cercano es su Dios que su dolor, su abandono y su muerte son el dolor, el abandono y la muerte de la Ciudad. Podríamos repetir las bíblicas palabras: «¿Hay una nación tan grande que tenga los dioses tan cerca como lo está el Señor de nosotros siempre que lo invocamos?» (Dt. 4, 7).



La Semana Santa de Sevilla no es una evocación histórica, sino una viva realidad. La sensibilidad del sevillano siente con vehemencia meridional el dolor humano de la Redención, lo hace suyo cada año, porque algo suyo hay en la Pasión de Cristo y en las lágrimas de su madre.

Hay un sentido posesivo de Dios en Sevilla. Jesús es un hijo de la Ciudad, Como a tal se le quiere y se le llora. Y el sevillano al decir «mi Cristo» o «mi Virgen» no lo hace tanto por expresar diferencias con los Titulares de otra, Hermandad como por confesar la familiaridad con su Dios.

Pero este pueblo sabe vencer la tentación de reducir a Cristo a un simple hombre doliente. Los imagineros reciben el encargo de efectuar una «hechura» en la que se conjuguen perfectamente lo divino y lo humano.

Hombre cercano y nuestro, pero Dios. Así lo entendió Sevilla desde siempre y así lo esculpió Sevilla desde siempre. Cuatro siglos se cumplen este año de tu nacimiento, Juan de Mesa, y ahí están las obras de tus manos, las que te encargó este pueblo, perfecta conjunción de su Arte y de su Fe, expuestas a su devoción, recibiendo la fluida oración de sus labios, despertando en el corazón de Sevilla los mismos sentimientos de amor que conmovieron a los sevillanos de tu tiempo. ¡Que no hay museo en Sevilla para sus imágenes procesionales! Que cuando este pueblo llora arrepentido el pecado contra el hermano, sólo en la Capilla de Montserrat encuentra al Señor de la Conversión siempre dispuesto a entregar su Reino a quien sólo le pide un recuerdo.

Pocos días hace que nos dejaste, Luis, y desde el temblor de tu cima azul verás ya cada Lunes Santo el fúnebre cortejo del Señor de la Caridad en el traslado a su sepulcro de Sevilla. Tallaste con tus manos el Misterio mientras tu corazón permanecía arrodillado. Este año, cuando negros nazarenos y negras banderas anuncien en la calle Angostillo la vuelta silenciosa de tu Señor dormido, tú tocarás campanas de duelo en San Andrés y te acercarán al que hace unos días, sólo unos días, abrazaste amorosamente. Y pasarán siglos, Luis, y cada Lunes Santo entre lirios y azahares una plaza de Sevilla dará silente hospitalidad al Señor de la Caridad.

Te fuiste demasiado pronto, pero aún te dio tiempo para dejarnos completo el misterio de amor de Cristo. La Hermandad de la Cena estrenará con tus apóstoles su presencia eucarística entre nosotros, su deseo de que nos



conozcan como discípulos suyos al partir el pan·.

Imagineros sevillanos: qué bien supisteis entender a nuestro Dios. ¡Qué calladamente lo entendiste, Pepe Rivera, cuando restañaste tantas veces las heridas del Señor en Sevilla! Y ¡que calladamente te fuiste a terminar en el cielo la talla de aquella Virgen de la que tan finamente te enamoraste en la tierra!

Imagineros sevillanos, cómo comprendisteis que este pueblo no se pierde en disquisiciones teológicas... Sólo sabe —y no es poco— que su Dios se hizo Hombre por amor y lo quiere así, de carne y hueso, como estuvo entre nosotros.

Ved, sevillanos, que se nos acerca por la calle Cuna el Cristo del Amor. Se ha hecho el silencio. Sólo El existe. Sólo El pasa. Apenas entrevemos sus brazos extendidos en el quejido vacilante de los guardabrisas y ya lo abarca todo para Sí. Sevilla nos ha puesto cara a cara con nuestro Dios.

*¡Qué muerto vas, Amor,
y qué solo!
Clavamos tus manos como anclas
que fijan para siempre tus sueños
al árbol de nuestra Ciudad.
Ya no te irás nunca,
rostro abatido de Dios,
de nuestras sombras.
Nos perteneces
porque te hiciste demasiado hombre
y como hombre te tratamos.
Atado a nuestras calles
nos preguntamos
si valió la pena tanto amor,
tan cercano amor,
cuando tan solo mas y tan alto.
Si tus sueños de este instante,
siempre los mismos sueños, siempre,
serán alguna vez nuestros sueltos,
si alguna vez dejarás de recorrer nuestra noche,*



*si alguna vez veremos alzar tu poderoso rostro
y sonreír.
¡Qué muerto vas, Amor,
y qué solo!*

Y pasa enmudeciendo la noche ese Hijo del Hombre, tallado en carne barroca, hijo ya de la Ciudad, Señor absoluto de sus calles que le prestan un marco doliente de sombras.

Horas antes, esas mismas calles estaban repletas de vida. Era la hora del sol y del hosanna, la hora del bullicio blanco y del estreno cofrade. Que es casi tanto como estrenar ciudadanía en nuestra Ciudad. Ya desde pequeño, el sevillano conoce a su Dios montado en una Borriquita. Dios no será para él una fría abstracción sino una realidad viva y cotidiana.

Y sin salir del mismo templo, nuestros hijos cofrades saben dónde comienza la Pasión del Señor y dónde termina, desde la luz a la sombra, desde el gentío abarrotado en palmas y gritos hasta el silencio consumado por la muerte de Dios. El Alfa y la Omega de la Pasión de Cristo sin salir de una calle sevillana. En el transcurrir de unas horas del Domingo de Ramos.



Domingo de Ramos en Sevilla...

En la vida de las ciudades, como en la de los hombres, no todos los tiempos y momentos son iguales. Hay momentos que podíamos definir como vacíos, huecos de esencia, donde no pasa nada. Y existen otros, en cambio, indeciblemente llenos, en los que está presente la Ciudad toda, palpitándole todos los latidos de su ser, como si por un momento cogiera entre sus brazos todo su pasado, su presente y su futuro.

La Semana Santa en Sevilla es uno de esos momentos intensos de la Ciudad. Algo ocurre en ella que parece suspender el tiempo y el espacio en que nos movemos. Ángeles distintos vuelan los cielos de la Ciudad deteniendo en los relojes de nuestras torres el apresurado transcurrir de nuestras vidas.

Y así, en el Domingo de Ramos, Sevilla comenzará a romper los siete sellos que custodian sus más finas esencias. Desde que la noche se disuelve por el Aljarafe, hay canciones nuevas en las espadañas sevillanas. El aire es limpio y transparente. Los sonidos nos llegan puros. Y Sevilla se despierta estrenando sus calles, sus naranjos, las voces exultantes de los niños, los zaguanes de sus casas centenarias, húmedas y limpias como brocales de pozo. La Ciudad se estrena a sí misma, estrena —mejor— lo que todos sus hijos, los de ayer y los de hoy, soñaron alguna vez de ella.

Y cada año se repite el ritual de unas gentes que, embebidas de sol, penetran en las penumbras de nuestras Iglesias y Capillas buscando el detalle de los pasos exornados para la salida procesional, colmando sus sentidos de la fragancia de los claveles, la cera, el incienso, el olivo bendito de la mañana; iluminando sus pupilas de sonora plata, viejas maderas de olor, candelерías aún intactas, molduras barrocas, oro primaveral de nuestra tierra. Es la fiesta de los sentidos.



*Hay temblor en tu sangre, Sevilla.
Es de verdad la primavera.
Se te nublan los adentros,
ebrios de tu étnica luz,
incapaz de contenerte
porque ya balbuceas el «ay» entrecortado
de tu primera saeta.
Cantan en tus labios de azahar
las mil voces de este pueblo
que espera estremecido el milagro que él se dio a sí mismo.
Y en esa mañana única
hay como un bullir de palomas nuevas
en el corazón de los niños nazarenos;
y una ternura inédita en los ojos de los hombres,
nacidos hoy otra vez;
y un andar derecho y alegre el paso
en la niña que se hizo ya mujer;
y un gozo acariciado por manos maternales
al preparar una túnica,
rito solemne, aunque anónimo de Sevilla.
Domingo de Ramos en Sevilla...
¿Quién te conoce, Ciudad enardecida,
transformada,
cuando Jesús despojado de sus vestiduras
sale de Molviedro
porque así lo quisieron
—flor modesta, corazón encendido—
unos sevillanos?
¿Quién te conoce, Ciudad mágica,
cuando la dulce Señora de la Hiniesta,
junco más que tronco,
calma azul de su palio,
sevillana emigrante,
elude milagrosamente las ojivas de San Julián?
Qué derroche de blancos en tus flores,*



*pueblo mío,
jasmín, nardo, azahar, luna,
ante el clavel puro de la Paz!
¡Qué dolor estremecido es tu cielo,
Niña sevillana y llorosa del Subterráneo,
absorta tu mirada en el suelo,
sendero de luz, incienso y llanto!*

Fiesta grande en Sevilla. Porque es la Ciudad la que vibra en su sangre renovada.

Cuando una saeta enmudezca el paso de Nuestro Padre Jesús de las Penas, a quien su barrio encomienda las suyas, ya se está acurrucando en el corazón la alegría anticipada de ver el rostro iluminado de la que es Gracia y Esperanza.

¡Qué advocación para definir un Domingo de Ramos en Sevilla! Porque la Ciudad entera está como en estado de gracia, dichosa de ser ella misma, gozosa de ser multitud transformada por la Esperanza.

*Allí está Ella,
la llena de Gracia de Dios,
de Sevilla también llena de gracia,
por corona el sol,
Esperanza primera,
sostenida de varal a varal
por piropos populares
mientras
—«esa derecha atrás» «poco a poco» —
silencio por dentro,
se deja embeber de luz
la Mocita de San Roque.
Y te sacan a la plaza sevillana
tus costaleros,
los de dentro y los de fuera,*



*los de la faja bien ceñida
y los de corazón apretado,
los tuyos, Señora,
los de tu barrio que un día fue salida de Sevilla
y hoy es arco triunfal en la Ciudad que te espera.*

Esperanza desde el primer día. ¿Qué esperas, Sevilla?

*¿Qué esperas cuando el Puente
ya no es tránsito ni frontera
sino caudal de pisadas trianeras?*

*¿Qué te ha dicho Triana,
Sevilla,
que sólo con la Alfarera,
la Señora que ella mima,
tus besos de amor son versos
que con su belleza riman?*

*Qué le dices, Estrella, a Sevilla
que la dejas atónita y jubilosa a un tiempo,
arrebataando la tiniebla de su ocaso,
incendiando de luz el cielo,
aurora de Dios tu leve paso.
Que no hay noche en Sevilla
la noche en que tú sales,
Estrella de la mañana,
que no hay noche, no,
que no lo quiere Triana.*

No hay noche, no, en Sevilla el Domingo de Ramos. La noche es sobresalto, tiniebla, soledad. En la noche los silencios son ausencias que se añoran o presencias que se temen.

Pero no el Domingo de Ramos en Sevilla.



Yo os invito, sevillanos, cuando este año os reunáis expectantes en los alrededores de San Juan de la Palma, a levantar vuestra mirada al cielo para ver aparecer a las primeras estrellas.

Aquí abajo comenzarán a desfilar, revestidos de la serena paz del blanco de sus túnicas, los nazarenos de la Amargura.

Allá arriba, una estrella quedará inmóvil, asida ele la mano de Dios.

Acá abajo el canasto de bordada filigrana de Nuestro Padre Jesús del Silencio en el desprecio de Herodes envolverá el barrio de la Feria con los primeros sonos cofrades.

Allá arriba, la estrella deseará de nuevo ser arcilla frágil de esta tierra, porque aquí está su pueblo, el pueblo sencillo que ella amó. Y Dios le apretará su blanca, su recia mano de mujer entera, y mirará de reojo la emocionada lágrima que aún esconden sus ojos de limpio mirar.

En la puerta de San Juan de la Palma el fulgor del paso de la Amargura. Es el día en la noche.

Callad este año, sevillanos. Cuando el palio granate comience a traspasar el umbral y se sientan las alpargatas costaleras en el primer esfuerzo de la noche, callad y podréis oír el diálogo de la Virgen y una estrella.

—Dios te salve, Amargura— dirá la estrella.
—Dios te quiere, Angela —dirá la Virgen.
—¡Cómo te adora mi gente! —dirá la estrella.
—¡Cómo te quiere Sevilla! —dirá la Virgen.
—Bendita tú, en mi Ciudad enaltecida.
—Bienaventurada tú porque curaste sus heridas.
—Hermosa tú, Amargura,
de San Juan de la Palma la flor más pura.
—Dichosa tú, Angela,
inacabable fuente de consuelo.
—Es Sevilla, Virgen, de tus lágrimas pañuelo.
—Porque amaste, Angela, ves a Dios sin velo.
—Dios te salve, Amargura —repetirá la estrella.
—Dios te quiere, Angela —dirá la Virgen.



Pienso que esa noche San Juan se preguntará por qué anda tan ensimismada la Amargura.

Y habrá un diálogo blanco entre dos vírgenes sevillanos unidas en el amor y en el dolor del hombre. Las dos vinieron la amargura, las dos consolaron la amargura, y, en medio, Sevilla. Que coronó a una como a su Señora, que aclamó a la otra como a su Santa.

Y sólo de vuelta, en el zaguán de un convento sevillano, la Amargura distenderá su ceño contraído, enjugará por un momento sus lágrimas, alzará sus bellos ojos antes absortos, y contemplando la herencia y el testamento vivo de Sor Angela, sonreirá.

Y del zaguán a la calle y de la calle al barrio y del barrio a la ciudad y de la ciudad al cielo se irá corriendo una única buena nueva, una afirmación emocionada, rotunda y no por esperada menos gratificante.

«¡También hoy es feliz nuestra Amargura!»



El Domingo de Ramos abre las compuertas del generoso corazón de Sevilla. Ya no habrá durante siete días quien se atreva a cerrarlas. La Ciudad romperá sus cadenas, desatará sus inhibiciones, superará el pudor que le impide expresarse el resto del año como realmente es.

Y lo hará con expresividad desbordada porque necesita comunicar su alegría y su dolor, porque no quiere acapararlos sólo para ella.

Que Sevilla, pese a quien le pese, no hace teatro en Semana Santa.

Que Sevilla no es un espectáculo para turistas jugando con la muerte de Dios y el dolor de su Madre.

Que a Sevilla estos días le estalla el corazón de compasión y cariño.

¿Qué cadenas habéis roto, vecinos de San Gonzalo, que florecéis junto a vuestros naranjos, trémula la voz, húmedos los ojos, cantándole a la que llamáis Salud? ¿Qué pájaros vuelan en vuestra alma, ancianos de Sevilla, cuando sus costaleros os la acercan entre alzada y leve en la tarde del Lunes Santo?

¿Quién te ha dicho, Señor Cautivo y Abandonado, que te dejó Sevilla, si su savia verdadera llegó hasta tu barrio que no se consideró sevillano hasta que te tuvo a Ti?

*¡Que no hay camino largo
ni breve,
Mercedes dadivosa,
si eres vida nuestra
y eres rosa!*

¿Qué malos besos quieren hacerte olvidar, Señor de la Redención, los cofrades de Santiago cuando por el barrio de la Alfalfa te acercan a nuestra mirada arrepentida?



*Y a la que es Rocío,
Paloma sevillana,
le ofrece todo el río
de amor
que de sus fuentes mana.*

Barrios de Sevilla, ¿quién ha querido poner cortapisas a vuestro amor?

Que, si la Ciudad os abandonó a vuestra suerte alguna vez, Él no os dejó solos. Que para apagar su sed tuvo que ir a buscar agua nueva y limpia cerca del antiguo Humilladero pese a quienes afirmaban que allí sólo encontraría Jesús de nuevo la hiel y el vinagre.

Las aguas vivas de Sevilla se desbordan en Semana Santa. Quizá no existe otro encuentro más comunitario, más masivo de todo un pueblo con su Dios que éste de Sevilla en su Semana Mayor.

Porque no se realiza en el templo, sino en la calle.

En la calle donde el hombre convive, ama, pasea, se divierte, se comunica.

En la calle que es patrimonio de todos, no en la casa que es patrimonio de cada uno.

En la calle que nos iguala como pueblo, que nos hace en cierto modo perder nuestra personalidad de individuos y nos confunde con la personalidad común y mágica de Sevilla.

Calles y plazas transfiguradas de nuestra Ciudad en el encuentro con el misterio de Dios.

Alcaicería, Aguilar, Plaza de Pilatos, ¿qué luz os transforma cuando el Señor de la Salud y Buen Viaje vuelve por vosotras a su casa? ¿Le pedís buen caminar al que llevan dolorosamente sentado? No temáis, El pasará despacio porque su viaje es corto y el amor de sus costaleros grande. Y Ella, flor morena de la Puerta de Carmona, tardará en cruzar el dintel de su casa porque siempre habrá una penúltima voz de su barrio enredada en las ojivas de la puerta.

Horas antes, la estrechura de Candilejo acogerá el clamor que siempre



acompaña a María Santísima de la Candelaria. ¡Y cómo te late el corazón cuando se mece en tu aire la Paloma Blanca de San Nicolás

Ya en la medianoche, los negros nazarenos de Santa Cruz recortan con sus capirotos los débiles azules del cielo de Mateos Gago. Subiendo por la calle el Cristo de las Misericordias se agiganta entre los naranjos que acunan el temblor de su Cruz. Allá abajo, desde la Giralda, ángeles casi dormidos le llevan azucenas a la Madre de los Dolores que lo ve perderse en el silencio...

¡Calles de Sevilla que en Semana Santa rescatáis al recuerdo vuestra historia y vuestro estilo!

Cuando la Hermandad del Baratillo inunde de azules penitentes Santas Patronas —¡qué historia en sus nombres! — volverá el sabor de viejo barrio, y entre la Puerta del Arenal y la de Triana la brisa del río llevará en volandas a la Virgen de la Caridad, mientras la Maestranza se hace entera eco del «olé» torero que su gente le dedica.

Y sólo a unos metros, en la tarde del Viernes Santos, el reloj de la Historia retrasa sus manecillas cuando por Varflora desfilan los nazarenos de aristocrática estampa de la Carretería. Se diría que la calle —terciopelo azul, hebillas de plata, amarilla cera— extrema en señorío para el Señor muerto de la Salud, y se encoge aún más para darle calor entre sus muros salpicados de sol.

¡Calles de Sevilla transformadas en el encuentro del Señor y su Madre!

¿Qué sentís, cofrades sevillanos, cuando un cortejo de negras capas escancia los doce silencios de la noche en Doña María Coronel? Un muñidor tañerá las sombras junto a muros conventuales y no habrá más sonidos que el de la contera del pertiguero izando o descendiendo los dieciocho violáceos ciriales. Toda la calle se hará tibia Mortaja para el impresionante Misterio en cuya cúspide se alza —Ella sola, adivinada Luz— la Piedad.

¿No es verdad que nuestras calles tienen ya otro aroma, otro cielo, otro sonido, otra noche?

Fantasía de luces y sombras de Boteros cuando un Cristo de advocación castellana se fija por un instante en un muro sevillano, como si quisiera afirmar en su cal lo que un día Pedro negó tres veces.

Señorial encuentro con Sevilla de Jesús de las Penas en la calle San Vicente.



Los cristales nos devuelven siempre su intensa mirada de amor como si el Señor, caído bajo el peso de su Cruz, hubiera querido bajar a la altura de nuestros ojos, incapaces ya de evitar su mirada.

Evocaciones árabes de Almonacid cuando apenas pasado el mediodía del Miércoles la Virgen de Refugio se goza en la alegría de su barrio al que sus antiguos vecinos volvieron sólo porque Ella estaba allí, bajo su reluciente palio, sostenida por la piedad de la Sevilla mariana.

*¡Qué fervores tú despiertas,
Refugio, Virgen dorada,
que en tu cintura se enredan
recortes, quiebros y alas,
piropos que solo en tu paso
son verónicas de plata!
Y habrá que esperar al viernes,
Viernes Santo de Triana,
para que dos doncellitas
su calle sendero hagan
donde los que quieran
hallen patrocinio y esperanza.
Niña del Betis a la una
el río contento la llama
porque sus aguas no olvidan
que fue primera en cruzarlas.
Y la otra sigue siendo
con su carita inclinada
Mediadora y Señorita,
Trianera hasta en su alma
que nunca pudo quemarse
el venero de su gracia.*

¿No es verdad que cada Semana Santa desvelamos el misterio de nuestras calles por descubrirlo a Él, por encontrarnos con Ellas? Calles y plazas de Sevilla que quizá no volvemos a pisar el resto del año porque ni Él ni Ella se encuentran allí.



Cuando hablarnos de la magia de Sevilla en Semana Santa hay algo más que la luz, la cal, el azahar, el balcón y la saeta... En ese misterio inconfundible de Sevilla nos topamos con la sorpresa de Dios que sufre y muere por amor.

Esa es la verdadera luz de Sevilla, ése su perfume inigualable, Ese es el tirón que sacude nuestra alma, ésa es la emoción de nuestro corazón, encontrarnos con Él en una Ciudad transformada, en una Ciudad hecha a la medida de sus brazos, perennemente extendidos; de su cruz pesando siempre sobre su hombro vencido, de su amor inacabable.

Y en ese encuentro Sevilla es espléndida y generosa. ¡Cuántos abusos no han cometido contigo, Ciudad mía, por darte tanto sin pedir nada a cambio!

Sevilla se da sin medida al extraño porque no sabe guardar para sí lo que puede hacer feliz a otros. ¡Bien lo saben los que usan y disfrutan de su hospitalidad!

Y si la Ciudad se entrega así al extraño, ¿qué podrá negar a quienes son tan suyos como Cristo y su Madre?

Para ellos Sevilla tiene agujeros en sus manos. Que aquí cuando se trata de Jesús o de María todo se da sin más razón que el amor, la ternura y el cariño.

No hay que acudir para justificar las riquezas de nuestras Cofradías al conocido pasaje evangélico de la Magdalena y su perfume. Baste con decir que nuestros Cristos y nuestras Vírgenes tienen lo mejor que podría darles Sevilla porque así lo decidió el pueblo soberano, el mismo que se dio sin medida a tantos que le criticar ese gesto y de los que no recibió nunca nada, porque a ese pueblo todo le parece poco para el Señor y su Madre de quien lo recibió todo.

Y por eso en la antigua iglesia del popular barrio de la Feria la fervorosa Hermandad y Cofradía del Santísimo Cristo de las Almas tendrá su casa y todo el apoyo de sus gentes sencillas, y no le faltará un trono de gloria a la que es su Gracia y Amparo.

Y porque Sevilla lo quiere, los cofrades de las Siete Palabras ofrecerán peana de plata al Nazareno de la Misericordia, quizá para compensarle de los que todos los días lo venden por treinta monedas.

Y cuando la Esperanza trinitaria traiga a los corazones sevillanos el último dolor de las Cinco Llagas de Cristo en la vigilia de su resurrección, hasta el techo



de su palio llevará flores para que los ángeles del cielo vean cómo sabe tratar Sevilla a quien de verdad quiere.

Pero Sevilla, en su desbordamiento expresivo, en su generosa riqueza, no pierde nunca el sentido de la medida, de la armonía. Tan es así que cuando el sevillano se pasa, avisa: ·Hagamos una catedral tal que los hombres venideros nos tengan por locos·. Evidentemente aquello fue una sublime exageración.

Porque el sevillano no es ese pueblo gesticulante, cascabelero y aparatoso que cierta literatura, desgraciadamente a veces fomentada incluso aquí, ha estereotipado.

Aquí no se mide el valor de las cosas por su tamaño, sino por su calidad.

Que quizá por ello la flor de Sevilla sea el azahar.

Aquí no son los pasos mejores por grandes, sino porque ajustan sus medidas al Misterio que representan. Que si Sevilla supo guardar la armonía en el imponente Misterio del Prendimiento de Cristo bajo el olivo de Getsemaní, también supo presentarnos la solitaria Pena del Señor sentado en breve paso antes de ser crucificado.

Aquí no son mejores los varales de un palio por voluminosos, sino por gráciles, que en Sevilla la Virgen no gusta de riquezas que le impidan ver el cariño de sus hijos junto a su paso.

Aquí el bullicio y el silencio no son mejores, ni peores: Sevilla les da a cada uno, sin que nadie lo haya reglamentado, su lugar y su hora.

Sevilla, en la madrugada única, la de cada año, la de aquel año también que comenzó a ser Cofradía, se encontró con el Silencio. Y lo amó. En el silencio comprendió todo lo que era, sus amores y sus traiciones, se poseyó de verdad a sí misma. Y se halló casi sin quererlo frente a Él, el Nazareno de Sevilla.

Venía abrazando la cruz de la Ciudad, la que Sevilla no quería ver cuando todo se le iba en palabras. Palabras de amor incumplidas, versos y saetas de dolor no compartido. En la madrugada le había llegado la hora de escuchar. Reunió a sus hijos, altas sombras nazarenas en los caminos de la noche, y les selló los labios para que sólo le oyeran a Él. Y el Nazareno que abrazaba su Cruz les habló para siempre sin palabras.



*Siempre la cruz alzada
 lleváis,
 silencios de Sevilla en la noche.
 Siempre bien cogida la cruz de la Ciudad.
 Vuestra alma bien colmada
 de escozores
 por las palabras mudas
 del Nazareno de San Antonio Abad.
 Dejad que os hable
 aunque os duela oír,
 que alguna vez duele la verdad.
 Cuando la verdad se ama,
 la verdad de Él, exenta de maldad,
 ya no es hiel que nos amarga,
 es azahar.*

Sevilla le dio su lugar y su hora al silencio.

Era parte de su armonía.

En otro rincón de la madrugada le dejaba hueco al bullicio amoroso y cofrade. La Ciudad se encuentra con el Nazareno de morena piel de San Román en calles estrechas, sesgadas, como senderos gitanos hechos al quiebro de un cante, geranios y romeros presentidos que aún es de noche. Allí, fundidos payos y gitanos en el Cínico deseo de ver al Señor de la Salud, se aprieten corazones mientras la saeta sentida de su mayordomo arranca volantes de alborozo de todas las guitarras del cielo:

*Porque así lo mandas Tú
 que se quieran tus hermanos
 «cargao» vas con la Cruz
 el Señor de los Gitanos,
 Padre mío de la Salud.*

En el bullicio de razas por fin amorosamente encontradas, mil piropos de



amor se guardar para la Virgen de San Román. Amanece ya sobre Sevilla y bajo la Torre más alta de la Ciudad

*Sólo hay una voz para Ti,
Angustias, Morena Aurora,
que la Giralda cristiana y mora.
gitana se siente al fin
con tu paso de Señora.*

Y es que el señorío es común a todas las latitudes de Sevilla. Los vecinos de los barrios netamente sevillanos tienen un alto sentido de sí mismos. Señorío del saber estar, dominio sobre las cosas y las situaciones, dignidad que exhala con sencillez desde lo más profundo de la persona humana.

Si el Domingo de Ramos abría la gran fiesta de Sevilla, el Jueves Santo parece como si condensara todo el señorío de la Ciudad. La conmemoración de la presencia eucarística del Señor, tan devotamente vivida por las familias sevillanas, parece que impregna de un aire de dignidad y respeto a toda la Ciudad. Y a sus Cofradías.

La Hermandad del Valle nos conmueve con esa expresión devota y solemne a la vez de lo clásico. El peso de su antigüedad le da un aire de mesura, de expresividad contenida que haría chocante cualquier mínima estridencia. La dignidad del gesto del Nazareno hacia la mujer Verónica parece contagiar de serena unción a los morados penitentes que lo acompañan. Sólo la Virgen derramado llanto, indecible llanto, es un mar de aguas desbordadas contenida sólo por la perfecta geometría de su paso.

De más allá del río llegará al corazón de la Ciudad la Reina dolorosa de Sevilla. Que si un Rey de España se enamoró de Ti, tus cigarreras, señorío de tu Hermandad, saben llevarle como a una Señora, dulce son de si palio a todos los aires de Sevilla.

Señorío de Sevilla, Virgen de Montserrat. El paso, dosel de plata para la belleza morena y noble de la Señora. En su manto, arropándola, la mejor Historia de España.

En el atardecer del Viernes Santo, la severidad de la estación Penitencial



de San Isidoro desmentirá una vez más la pretendida superficialidad del sevillano. Y la Ciudad callada, sobrecogida, contempla el paso de la Cofradía como si ella misma fuera toda Catedral para acoger tanto silencio. Sólo cuando se nos pierda en la lejanía la estela de débiles luceros del paso de la Virgen del Loreto caeremos en la cuenta de que también nosotros hemos sabido respetar con un silencio dolorido el día de la muerte del Señor.

*Armonía, finura, señorío de Sevilla
Dulce nombre de María.
Serenos y bello rostro tuyo,
Aroma de paz,
Dulce Nombre*

Que cuando quise explicarle a un extraño la inefable armonía de Sevilla lo llevé a verte por Hernando Colón. Allí, cuando sintió la suave caricia de tu palio, la gracia de tus varales como nubes de incienso, cuando se dejó inundar por la suave candelería que resplandecía lo justo para verte, cuando se dejó arrebatarse, Virgen morena de San Lorenzo, por la penetrante y dulce mirada de tus negros ojos, no pudo ya contenerme y me dijo: «Ahora ya sé por fin lo que es la ternura»

Y finura sevillana la que esta Ciudad tuvo contigo, Pilatos. ¡Qué bien te trató Sevilla! En la delantera del paso vas tan agraciado que, como dice la conocida historia, hasta una viejecita despistada llegó un día por San Benito para rezarte un Padrenuestro y dejaste una limosna. Con lo que le hiciste a nuestro Señor otros te hubieran tallado con cara de mala sangre o, como aquí decimos, con cara de "malage" Sevilla no se enseñó contigo, Pilatos. Quizá porque aquí también sabemos de debilidades cobardías. Y te dejó por castigo, fino castigo, el que para la eternidad siguieras presentándonos a Jesús en la soleada tarde de la Calzada. ¡Quién te iba a decir a ti, patricio romano, que serías eterno Pregonero de nuestra Semana Santa!

Finura y armonía de Sevilla. Todo lo entrega la Ciudad como pedestal para el Hijo de Dios y su Madre. Hasta la juventud de sus hijos costaleros.

Yo quisiera, hermanos costaleros, desde mi condición de sevillano de a pie, sin más título que mi inmenso cariño por el misterio de Dios en el encuentro con



el misterio de Sevilla, yo quisiera deciros que nunca perdáis la armonía y finura de esta Ciudad cuando lleváis sobre vuestros hombros al Señor y su Madre.

Ellos son los protagonistas de esta fiesta maravillosa. Allí está vuestra mayor responsabilidad. No permitid que nadie le robe a Dios su sitio en Sevilla. Que esta Ciudad no pasea a un Cristo muerto, sino que acompaña a un Dios vivo.

Y porque es un Dios vivo lo lleva con veneración, con finura, con la delicadeza del amor.

Tan segura esta Sevilla de la vida de su Señor que no es igual encontrarse con Cristo sudando sangre sevillana en su Oración del Huerto, que, con el Nazareno de la O, materialmente encorvado por el peso de nuestros desamores. Porque en el barrio de la Feria o en el de Triana la presencia de Cristo es un momento distinto del mismo Jesús, una vivencia distinta, un sentimiento distinto. Y ante cada Cristo se ora distinto y quizá también se le escuche distinta cosa.

Porque el amor de Dios es demasiado grande para el corazón humano y Sevilla nos lo da así, poco a poco, esquina a esquina, calle a calle.

Al fuerte sol de la tarde del Domingo, la gente se encontrará con la Buena Muerte al son de vuestros pasos junto a la Puerta de Córdoba.

O en la tarde rutas melancólico de Sevilla, nos presentaréis el dolor dormido de Jesús de la Providencia en el dolor vivo de su Madre a los pies de la bella y esbelta torre mudéjar de San Marcos.

Hasta que ese mismo día, junto al Santo Entierro de Cristo, toda Sevilla inclinará con respeto la cabeza como profundo homenaje al que definió una generosa manera de morir.

Sí, Sevilla nos da el misterio de Dios muerto por amor poco a poco, esquina a esquina, calle a calle.

Que nadie os haga protagonistas, costaleros amigos, porque Sevilla sólo debe tener ojos para Él o Ella en estos días santos.

Recordad que los que os antecedieron, erróneamente llamados profesionales, espaldas ya doloridas de trabajar, se fajaron sus cinturas por Cristo y su Madre; se dejaron desollar la cerviz bajo las trabajaderas sin hacer alardes por Cristo y su Madre. Y su mayor pago fue siempre sentir bajo los faldones el latir de



Sevilla por su Dios y por la bella Madre dolorosa.

No dejéis, hermanos costaleros, que nadie os busque privilegios en la Cofradía cuando os horráis llevando sobre vuestros hombros al Hijo del Hombre al que no se le concedió más privilegio que el de morir.

No os se paréis de vuestra Hermandad como casta aparte, porque la Hermandad no os pertenece, sois vosotros los que tenéis la suerte de pertenecer a la Hermandad.

Mirad, costaleros, a nuestro Dios.

Ahí lo tenéis, entre sayones, nazareno o crucificado.

Maniatado o clavado, inmóvil, indefenso ante el mundo.

Ahí lo tenéis, podéis hacer de Él lo que queráis. ¿Cómo lo mostraréis a Sevilla que lo espera para el encuentro?

Miradlo a los ojos, costaleros. Es Sevilla entera la que se mira en ellos. Miradlo... y decidle hoy cómo ira sobre vuestros pies.

Míralo tú también, capataz.

Tú que eres la voz, que El solo habla en el silencio.

Míralo tú, capataz, que serías su andar por las calles de Sevilla.

Dile como mandarás a tu gente para que solo lo vean a Él, no a los tuyos.

Dile cómo lo acercarás al cierro silencioso donde cada año lo espera un anciano que está aprendiendo a morir como Él.

Dile cómo lo recibirá el pueblo en La Campana, dile cómo llamarías a tu patero para que tu cuadrilla tenga el corazón por igual, dile si piensas lucirse a costa de su cruz o si hablarás quedo para que sólo se le oiga mejor a Él...

No temas, Señora. Ellos también están aquí. Ellos saben cómo te trató siempre Sevilla.

Como casi Niña y como Señora.

Queriendo hacer brotar tu sonrisa, pero sabiéndote fuerte en tus lágrimas.

Meciendo tu gracia soberana, pero sin romper tu dulce armonía; sintiéndote cercana y nuestra, pero sin bajarte de tu peana, sin confundirte entre



la gente, que por eso eres Reina, elevándote siempre al cielo, porque eres Luz, dulce hermana nuestra, dulce Madre nuestra, sevillana.

Yo sé que lo haréis bien, costaleros del Museo, que cuando lleváis por el andén del Ayuntamiento al son de la Amargura a la Asunción dolorosa de las Aguas nos recordáis todos los años cómo se lleva en Sevilla un paso de palio.

Yo sé que lo hacéis bien, hermanos costaleros de San Benito, que he visto cómo todo vuestro esfuerzo y vuestro amor han sido para la Paloma trianera que un día se hizo moreno llanto de la Calzada.

Yo sé cómo queréis a vuestra Virgen, costaleros de la Señora de los Ángeles, que si cada Jueves Santo sois para Ella oculto apoyo en su encuentro multitudinario con Sevilla, también sabéis elevarla en el recogimiento de vuestra Capilla un Domingo de Resurrección para que en sus manos suba al cielo el alma cofrade de vuestro hermano Luis.

Yo sé que buscaréis el protagonismo, no bajo las trabajaderas de vuestros pasos, sino en la vida cotidiana de la Hermandad.

Que allí es también necesario vuestra juventud y vuestro esfuerzo para hacer de ella un lugar de encuentro y cristiana convivencia.

Que allí seréis protagonistas en la generosidad, en la comprensión, en el cambio que predicó Jesús de Nazaret que cada año sufre y muere sobre vuestros hombros.

Que para ese cambio sí que tenéis que fajaros el corazón y apretados el costal del alma...



Sevilla se entrega toda entera sin grandes gestos, con exquisita delicadeza. Posee la ciencia del detalle. Porque el amor no necesita de ampulosas declaraciones, y en nuestras Cofradías el amor se va haciendo de detalles.

Yo no sé, porque estas cosas no le interesan a Sevilla, cuántos cirios se consumen y cuántos claveles se agostan delante de nuestras Vírgenes en Semana Santa. Sevilla no ha sido nunca Ciudad de cantidades, sino de calidades. Pero siempre habrá algún buen intencionado forastero que indagará las cifras que nunca hemos sabido —a Dios gracias— hacer los sevillanos.

Pero nunca preguntará, a buen seguro, por un cirio y un clavel.

Para ello tendría que haber sido nazareno de Sevilla en la ausencia.

Para ello tendría que haber soñado en la nostalgia del Miércoles Santo con la Virgen de Regla abandonando su Capilla de la calle Orfila para encontrarse con el clamor de la Ciudad.

Para ello tendría que saber que una Cofradía en Sevilla no se acaba cuando entra en su templo el paso de palio.

Porque entonces, ya en la penumbra de la madrugada, en el silencio perfumado del último incienso de la noche, una mujer sevillana, Camarera de la Virgen, subía a su peana y entre preguntas y respuestas de su Señora, recogía de su cíngulo un clavel y de la cercanía de sus manos un cirio ya consumido de alumbrar su belleza.

Días más tarde ese clavel y ese cirio le llegaban a este pregonero en la ausencia con el aroma de su Virgen.

¡Qué poema de amor sin versos tu clavel y tu cirio!

*Clavel tuyo es mi sangre,
Trigo fértil de Dios,*



que en mi niñez tú sembraste
espigas sólo de amor.
Entre tus dedos quedaron
enredados para siempre
los versos que te llegaron
del corazón nunca ausente.
Alguien me dijo en Sevilla
que yo no era cofrade,
y vi que Tú me decías,
Regla del alma,
«Déjalo, que él no sabe...»
No sabe que de tus labios
aprendí lo que es Sevilla,
no sabe que son tus ojos,
dulce mirar,
inmenso mar en mi orilla.
No sabe cuántas preguntas
y respuestas se cruzaron,
cuántos años enlazaron
tu soledad con la mía,
no sabe cuánto se ama al amor
por tenerlo en lejanía.
Clavel tuyo es mi sangre,
que no quiero otro clavel
que el que besó tu cintura
¡que ya no vivo sin él!
Y si algún día mi luz
no es la tuya,
Panadera sevillana,
que me recoja Sevilla
y me acerque a tu mirada,
que sólo tus dulces ojos,
siempre abiertos, Regla mía,
podrán iluminar mi pecho
y curarlo de sus llagas.



Sevilla vuelca sus mejores esencias en Semana Santa. Esta Ciudad arisca y esquiva para muchos que no han calado en ella, se entrega al entusiasmo sólo cuando quiere. Ha tenido tantas alternativas de esplendor e indigencia, tantas promesas incumplidas, tantas alabanzas interesadas, que sabe que el halago y el desprecio de este mundo son transitorios.

Y guarda para sí y para momentos especiales el don que nadie le puede quitar: el darse ella misma, sin razones, sin motivo, sin buscar ningún beneficio a cambio. Porque sí.

En Semana Santa Sevilla se da a sí misma con la misma generosidad de Dios creador: por amor. De alguna manera le devuelve a su Dios todo lo que Él le entregó.

En este derroche de creación de la Ciudad, en este darse toda entera a su Dios, Sevilla sólo comete, a sabiendas, un pecadillo. En el último rincón de su alma, ese en el que nadie entra porque desde hace tiempo está bien ocupado, Sevilla guarda su más exquisito sentimiento de ternura, de predilección, de cariño para la Virgen. Y Dios que lo sabe nunca llama a esa puerta, ni exige parte de ese último tesoro.

En esa última habitación de la Ciudad puede estrenar su dolor la Virgen Niña de Guadalupe que aún casi no sabe llorar; o abstraerse en el silencio de su pena la dulce Señora de la Presentación; o romper en un mar de lágrimas la Virgen del Valle, que Sevilla respetará su llanto y pondrá centinelas en su puerta para que nadie la cohíba en su natural desahogo.

Para la Virgen, Sevilla nunca tiene suficiente amor en sus alforjas, ni suficiente creación en sus entrañas.

A María se la quiere y se la invoca en mil advocaciones, letanías de un rosario de amor inacabable. Un rosario que la Ciudad hará descender de las



alturas del palio de Montesión para que la Virgen de la calle Feria sepa que la acompañan las cuentas de amor de Sevilla.

Un rosario donde la Ciudad refleja sus indigencias y sus sueños.

Porque cuando la Ciudad se siente agotada, llama a su Virgen Tristezas, Dolores, Rocío o Consolación; cuando la abandonan los poderosos de este mundo, la llama Patrocinio, Amparo, Socorro o Refugio; cuando se le enferma su espíritu creador la invocará como Salud; cuando se siente angustiada, la sentirá como Paz.

Pero cuando sus hijos sueltan, cuando la ternura se hace nombre en sus labios, la llaman Inmaculada. Y deja que los teólogos discutan lo que no tiene discusión. La razón de amor de Sevilla se adelantó, como siempre, a los que viven del amor a la razón.

Y Sevilla encontró en su Inmaculada su suelto de armonía.

«Cieguecita» por el resplandor de la Gracia, no sabemos qué pesa más en Ella, si su delicada humanidad y serena belleza o la jubilosa concentración de quien se sabe escogida como Madre de Dios. Armonía de lo terreno y de lo celestial, Belleza total gravitando sobre nuestra tierra y volando de ella, siendo Ella cielo mismo aquí.

Era el sueño de Sevilla. Y desde entonces la Ciudad comenzó a quererla porque Ella es así, porque es bella, porque es Pura, porque sí.

Y cuando la Cieguecita de ojos suaves y amorosamente entornados sienta que se le clavan siete espadas en su corazón porque se han llevado al Hijo para la Pasión y la Muerte, no crispará su rostro, ni perderá en sus lágrimas la ternura, porque Sevilla, siempre atenta al rostro de su Madre, hará de sus seises costaleros que aúpen su corazón, y las coplas que cantaban su pureza serán saetas de consuelo que la acercarán con mimo al Hijo que se le pierde por la calle de la Amargura.

Sevilla, porque la quiere inmensamente, porque se alegra de su bondad, porque se le colman los ojos de su belleza, porque se goza contemplando su rostro, porque encuentra en Ella su armonía perdida, porque es la Gracia renacida entre nosotros... le pone un nombre que le sea bálsamo en el dolor que se le ha encajado entre su Fe y su Amor: Esperanza.



*Y por la calle Pureza
—qué nombre el tuyo, su calle—
la brisa de luna llena
se va llenando de aires
y de capas,
verde sendero en los mares
de la Esperanza Trianera
que avanza como una nave
sin ancla que la detenga,
doce remos por varales.
Su hermosura va temblando
que no la dejan las olas
de su gente
ir delante.
Cinco lágrimas son luceros
que miran los navegantes,
en su mano et pañuelo,
velita chica para que aguante
el temporal de sollozos
y clamores populares.
Y el río no duerme esa noche
que verse quiere en su imagen
y Sevilla se pregunta
por qué le tiemblan sus naves,
por qué sus aguas se vuelven
limpias y libres,
sin cadenas,
como ángeles.
Porque eres ola, ritmo, onda,
Puente de Dios,
que enciendes auroras nuevas
con tus manos de cristal,
con tu garbo trianero,
con tu sal,*



*con la espuma de tu mar.
Esperanza Trianera
¿con qué quieren coronarte?
¡Si tus hijos son corona
que nadie puede quitarte!*

¡Esperanza! ¡Qué nombre le diste, Sevilla, a tu sueño de amor!

Una noche que estabas abatida, deshecha, perdida de ti misma, levantaste la cabeza hacia Ella y te preguntaste: ¿por qué la quiero tanto?

Y soñaste despierta que tu Virgen ya no lloraba. Para que no lloraras tú. Y que en Ella Dios descendía hacia Ti, ya que tú no podías subir hacia Él.

*Y en los caminos del cielo
hay disgustos y añoranzas
que la Virgen que querían
ha abandonado su casa.
Que los ángeles no la encuentran
y que es ya la madrugada,
que sin Ella no habrá aurora
y Dios la va a echar en falta.
En medio de aquel revuelo
la voz de Cristo se alza.
«Tranquilos... Yo sé dónde está
mi Madre,
yo oí bien quién la llamaba,
que Sevilla pasar no puede sin Ella,
sin su sonrisa y sus lágrimas»
Y por las claras del día
Sevilla ya no soñaba
que su sueño era una Virgen,
brisa de Dios en su cara.
Ojos de Nina tenía
y su frente despejada*



*porque siempre fue doncella
poseída por la Gracia.
«Sevilla, yo te la llevo
—su barrio al aire gritaba—.
Trátala como a tu Reina
que es la étnica Esperanza
que le queda a nuestro pueblo
y sin Ella todo es nada.»
Y la Ciudad, conmovida,
se echa a la calle y llama
a todos los que creyeron
que sus fuentes se secaban
y que la armonía perdida
de los cielos
ni los sueños de Sevilla
podrían reavivar de nuevo
y reencontrarla.
Y al embeberse de Ella,
bello incendio,
clavel grana
todos los corazones
se sienten como Giralda
que sus campanas al vuelo
van cantando:
«¡No es un sueño,
es la Esperanza!
A ti, ingrávida Virgen,
a ti, Reina soberana
que sin pensarlo dejaste
todos los ciclos azules
por hacerte sevillana,
como te quiere Sevilla,
yo te digo, Macarena,
¡nadie en el mundo te ama.!*



Yo quisiera, costalero amigo de niñez, que apretaras ahora tu corazón al mío y me dijeras qué sentías llevando sobre tus hombros la muerte de Dios por Sevilla.

Quisiera que se lo explicadas a tantos como no han entendido nunca el sentido de fiesta de nuestra Semana Santa. A esos que se quedan con la epidermis de la fiesta, lo que ellos llaman el «espectáculo»: la muchedumbre, el color, los aromas, el sonido.

Que contestaras a esa pregunta del escándalo: ¿cómo un pueblo puede celebrar con tanto entusiasmo la Pasión y la Muerte de su Dios? ¿Cómo no se viste de luto y austeridad ante el Crucificado? ¿Cómo se alegra el corazón sevillano cuando el Cristo de la Salud, su cabeza exánime sobre el pecho, reaviva en San Bernardo el esplendor perdido? ¿Por qué hay voces y cornetas y tambores junto a las viejas atarazanas cuando el Cristo de las Aguas va diluyendo su muerte en el Mayor Dolor de su Madre? ¿Por qué San Martín se viste de fiesta celebrando el pecho abierto del Señor de la Lanzada?

¿Por qué, costalero amigo?

La respuesta es sencilla: porque Sevilla ama la vida, intensa, apasionadamente. Todo es vida a su alrededor: la luz, el aire, el aroma, el sol, la tierra fecunda, el arte, la belleza. Sevilla respira vida, se embriaga de vida, se siente ella misma vida. Y transforma en vida todo cuanto toca, incluso la muerte.

Sevilla no es una ciudad, es un estado del espíritu. Aquel que no acepta límite a su sed de ser siempre, de existir siempre, de beber sin hastío el agua de la vida. Por ello vive la permanente contradicción de gravitar sobre la tierra y volar de ella, de amar lo efímero y desear que siempre permanezca. Sevilla es realista y mística, sensual y ascética, inquieta y agitada por lo humano, aunque busque reposo y esperanza en lo trascendente.

Por eso celebra con sonos de fiesta la Pasión y la Muerte de su Dios.



Porque Él, Cristo de la Misericordia, tendido como Puente entre la vida y la muerte en el regazo piadoso de su Madre, Él, que fue todo amor, toda belleza, toda vida, venció a la muerte. Porque Él, varón de dolores del arenal, que cargó con nuestro dolor, nuestra soledad, nuestra muerte, vive.

Y vive para que vivamos, para que sea siempre primavera en nuestra Ciudad, para que nuestro azahar no se marchite, nuestra cal no se enturbie, nuestro sol no se extinga.

Cuando la tarde cae, en la hora del color impreciso y cambiante, día ido, noche no llegada, sale el Santísimo Cristo de la Vera Cruz. Yo te seguí, Señor, un año y oí rezar a tus nazarenos y costaleros el Padrenuestro de la vida, no de la muerte.

*Padre Nuestro,
alzado como bandera de dolor al cielo,
danos ya aquí abajo tu Reino,
que no se hace en nuestra tierra tu voluntad
de la misma manera que se hace ya en tu cielo.
El pan de cada día que sea de todos,
perdona nuestras deudas
aunque nosotros no sepamos perdonar.*



Y el golpe seco del martillo sacudía el corazón de Sevilla mientras allá arriba el Señor, consumido en el tormento de la cruz, bebía en la noche del Lunes Santo todas las soledades que acaban con nuestra sed de vida, el abandono de todos nuestros proyectos de amor, todos nuestros temores y desesperanzas.

En su vitalidad desbordada, en el goce intenso de cada instante, en la apropiación de todos los sabores de esta vida, el sevillano se tope siempre con la amarga experiencia de la muerte, las pequeñas muertes de cada día y la última muerte que ve a su alrededor. Y frente a la postura de otros pueblos que intenten olvidarla, desentenderse de ella, Sevilla intenta apropiarse de ella, gustarla anticipadamente y sentirla como vida.

Es el misterio, quizá sólo intuido, de nuestra Semana Santa. Este pueblo necesitaba que su Dios le liberara de la negra oquedad de la muerte para poder seguir gozando sin turbación de la vida.

Si queréis, este pueblo quería familiarizarse con la muerte, hacerla amiga y copartícipe de la vida, no un mal término de ella.

Por eso, Señor, te llaman tus cofrades de San Antonio de Padua Cristo del Buen Fin, porque desde que te vemos morir cada Miércoles Santo, la muerte ya no es algo que ocurre, sino Alguien que llega. Yo es para nosotros Hermana Muerte, como Hermano Sol y Hermana Vida. Se comprende así que cuando el secretario de tu Hermandad, Si hermano Juan, se encontró contigo de una forma que los humanos llamamos trágica, allí otro cofrade del Buen Fin recogió amorosamente su cuerpo sin miedo a la muerte que Él sabía que es vida, tu Vida, Señor. Y en la sencillez de su espíritu franciscano presencié su abrazo de amor al que murió en tu paz.

Pero el sevillano no disfraza la muerte, no le quita un ápice de su dramatismo ni de su dolor. Cuando las tinieblas se ciernen sobre la Ciudad, los



nazarenos del Calvario se ciñen el áspero espanto y acompañan a su Cristo entre los fríos temblores de la madrugada.

Allí, en la calle Castelar, mientras el crujir de la caoba de tu paso rasga la bruma y el silencio, tengo cada año mi cita de soledad contigo:

*Señor, Señor,
quiero cruzar la inmensa tierra de tu pecho.
Quiero a contrario navegar tus mares,
cercar tu corazón que late afín después de muerto.
Quiero llevar a tus labios esta humanidad
doliente, torpe, egoísta
para que la beses otra vez más
y otra vez más la perdones.
Quiero llegarme a la cima de tu Cruz
para que nos cruces el abismo en tus brazos,
para ser el primero en contemplar el despertar de tus ojos.*

Y pasará el Calvario, cárdeno ya su poderoso cuerpo, abriéndonos camino en la tiniebla de la noche, luchando por nosotros, recibiendo El solo todos los golpes de la mala muerte hasta que la amanecida le sorprenda ya de vuelta para que nosotros disfrutemos de la luz y el calor de un nuevo día.

Porque hay, cofrades del alma, malas muertes en Sevilla. La Ciudad está muerta cuando es incapaz de expresar amor, de generar trabajo, de sentirse solidaria, de buscar lo que une a sus hijos por encima de lo que los separa, de nacer cada día a la comprensión y al diálogo. Nuestros cuerpos ya están muertos antes de morir, porque sembramos en ellos corrupción, no esperanza.

Bien lo sabéis, hermanos del Museo.

Sólo hay que verlo a Él, en el espasmo de su agonía, para sentir cómo le asciende la dañina savia de nuestro egoísmo como si se resumiesen en su convulso estertor todos los dolores, todas las intensas soledades de esta Ciudad. Dicen que los moldes de vuestro Cristo fueron tirados a nuestro río. ¿No los tiraría El, Cristo de la Expiración, para que no volviese a repetirse su angustioso y agónico arco en ningún sevillano?



*Y en los confines del Patrocinio
 ¿qué aires tienes, Triana,
 que el Cachorro ahogándose
 y su muerte no se acaba?
 ¿Qué muerte te tiene en vilo,
 qué busca la turbia mirada
 de tus ojos
 que no hay manos que te los cierren
 aunque tu vida es un hilo
 que se nos va,
 breve llama?
 ¿Quién muere en Ti, Cristo mío,
 el que se fue de su casa
 porque amores no le dieron,
 el que por trabajo clama,
 el ancianito que abandonaron
 y ya nadie lo llama,
 el niño que quiso ser
 pero del mundo sobraba,
 el joven que se debate
 ante el incierto mañana?
 ¿Quién muere en Ti, Cristo mío;
 Cachorro,
 el Viernes Santo en Triana?*

Malas muertes de Sevilla.

Y, sin embargo, hay quien dice, Señor, que si muerte en Sevilla es demasiado dulce. Cuando en la dorada tarde del Martes Santo sales, bella, morosa, Buena Muerte de Sevilla, hay quien se pregunta por qué te llevan tan suavemente si ya estáis muerto, por qué rocían de claveles rojos tus pies como si esperasen que al entreabrir tus ojos en un instante se llevaran de nuestro sol, por qué te levantan a pulso una y otra vez para no hacerte daño si ya te hicieron el daño supremo del morir, por qué, Señor, exalta tanto al Cristo Muerto la Ciudad



donde nadie aprende a morir porque nadie nunca ha envejecido

¿Qué nos dices, buena, morosa, bella Muerte de Sevilla?

¿Sería, Señor, que no estás verdaderamente muerto?

¿Será, Señor, que un cuerpo no puede nunca morir si todo entero fue amor?

¿Será que tus ojos no mueren porque amaron al mirar, que tus labios no mueren porque fueron siempre sonrisa de amor?, ¿sería que tu pecho no muere porque nunca albergó la violencia?, ¿será que tus manos no pueden morir porque sólo se abrieron para devolvernos la luz y la vida?

¿Qué nos dices, bella, morosa, Buena Muerte de Sevilla?



Desde lo alto de la Cruz que las malas muertes de Sevilla prepararon para Ti, te vi llegar, Gran Poder.

Venías con paso largo y firme.

Como queriendo coger sitio en el madero antes que pusieran a otro por Ti. Sólo se oían tus pasos y el silencio de tu silencio.

El que escucha las apretadas hileras de tus peregrinos penitentes, silenciosos también.

El que encoge el corazón cuando tus faroles alumbran levemente la esquina de la calle.

A Ti que vas a grandes pasos hacia la muerte que prepararnos para Ti, a Ti que callas, te llaman Gran Poder.

Sevilla no sabe lo que dice.

Cuando bajo los olivos de Getsemaní te capturan por ser el Justo, los cofrades del Prendimiento te visten la túnica blanca del sumiso Cordero de Dios y te llaman Nuestro Padre Jesús del Soberano Poder.

Cuando los Hermanos de San Gonzalo evocan tu presencia ante Caifás, donde por decir la Verdad fuiste condenado a muerte, te llaman también Nuestro Padre Jesús del Soberano Poder.

Y ahora que cargas solo con tu Cruz, ahora que vas decidido hacia la muerte, ahora que Sevilla te deja toda su noche para Ti, eres de nuevo su Gran Poder.

Sevilla no sabe lo que dice... o Sevilla sólo es lúcida esa madrugada.

Porque ¿desde cuándo el poder se manifiesta en el silencio?, ¿desde cuándo el poder se hace grande al tomar la cruz del hermano, del marginado, del oprimido, de aquél que la sociedad dejó solo y abandonado a su suerte?, ¿desde cuándo el poder no corrompe, no avasalla, no violenta, no humilla, no



desprecia al hombre que tiene bajo sí?

¿Qué ven en Ti, Señor de Sevilla, los humillados, los ofendidos, los desheredados de este mundo que cada viernes del año se postran ante tus pies sin que Tú se lo pidas? ¿Qué secreto tiene tu imponente rostro que, en lugar de producir temor, inspira confianza? ¿Qué valor tiene para Sevilla esa noche el poder de este mundo que fue capaz entonces y sigue siendo capaz ahora de crucificarte?

¿Cuál es tu poder, Nazareno de Sevilla?

No hace mucho, cofrades sevillanos, oí su respuesta: «Cuando sabéis ser dignamente sencillos en un mundo que paga cualquier precio al poder; cuando sois limpios de corazón entre quien juzga sólo en términos de sexo, apariencia o hipocresía; cuando construís la paz en un mundo de violencia y guerra; cuando lucháis por la justicia ante la explotación del hombre por el hombre o de una nación por la otra; cuando con la misericordia generosa no buscáis la venganza, sino que llegáis a amar al enemigo; cuando en medio del dolor y las dificultades, no perdéis la esperanza y la constancia en el bien, apoyados en mi consuelo y en mi ejemplo y en el autor al hombre hermano... entonces, sólo entonces entenderéis cuál es mi poder».

No tengas miedo, Sevilla.

Marcha como El, con paso largo y firme.

Que a ti te ha llegado también tu madrugada.

Sólo así vencerás al mal que hoy se asienta en tus entenas.

No tengáis miedo, cofrades sevillanos.

Que este Ciudad os necesita.

Que las Hermandades nacieron para el poder del amor, no para el amor al poder.

Que las Hermandades nacieron para enseñarnos a tomar cada uno nuestra cruz, no para recrearnos en la Cruz de Él.

Que también nos ha llegado la hora de la conversión y mi verdadera penitencia, la que sólo se entiende si nos acerca al hermano.



*Que Él, nuestro Gran Poder,
Ya vuelve a su casa,
Cansado de amores que no llegan
Aunque siga caminando
Y caminando nos encuentre cada día.*

Os decía que Sevilla transforma en vida todo cuanto toca, incluso la muerte. Así es por su Fe en la muerte redentora de su Señor.

No es extraño, pues, que el Jueves Santo la Cofradía de Santa Catalina exalte con amor a Cristo y ese mismo día la Quinta Angustia lo tenga descender amorosamente.

Es una más de las aparentes contradicciones de Sevilla en su Semana Santa. Elevar con amor a quien más tarde haremos descender con dulzura. Con El ascendió nuestra muerte, con El descenderá nuestra Vida.

Junto a Cristo en el momento de alzar su Cruz, la miseria de los que le vendieron, el orgullo de los que lo crucificaron porque prefirieron su mentira a la verdad de Él, nuestra pobreza y vaciedad radical. Todo se lo llevó el desnudo Cristo a lo alto del madero.

Junto al Señor descendido, la esperanza de una humanidad que parece encontrar el camino. Nuestra incipiente y torpe Fe de Nicodemo, nuestro buen uso del poder como Arimatea, la entrega sencilla y fértil al hermano de las Santas Mujeres, el amor reencontrado de Juan, la esperanza en la resurrección de la mujer de Magdala.

Y muy cerca de Él, esperándole siempre, esperándonos siempre, María. Bajaba la Palabra de la cruz para recogerse en el cálido silencio de su Madre. Nosotros tus hermanos te llamamos Quinta Angustia. La última angustia de no verlo llegar nunca a tus brazos, de no vernos llegar nunca con El, como El...

Cuando ya entrada la noche la Quinta Angustia vuelve a su templo, la luna allá en el cielo del antiguo compras de la Laguna, sólo roto su mutismo por los salmos penitenciales, me parece ver en lo alto de las escaleras, sosteniendo con infinito amor al Señor que nunca acaba de descender del todo, a tantos cofrades sevillanos que un día ascendieron con El.



Luis, Manolo, Vicente, Juan, Francisco, Tomás...

Creísteis a pie juntillas en El y ahora ya no os hace falta la noche para encontrarlo. En verdad habéis nacido ya de nuevo.

Amasteis su Silencio, ahora ya lo gozáis como la única Palabra de Vida.

Despreciasteis el poder de este mundo y ahora ya poseéis el Reino.

Vuestras túnicas —negras, moradas, blancas— han sido ya transfiguradas por la Resurrección.

No temáis. Vuestra herencia está bien guardada. La verdadera Historia de Sevilla se arrodillará siempre ante el Señor para buscar en su muerte y su resurrección su verdad y su sentido. Aunque la otra historia, la pequeña historia que creen escribir los hombres, lo maldiga o se burle de Él.

No temáis, hermanos de la Luz, el Señor mismo intercede por nosotros.

Cofrades sevillanos: ¿quién nos separará del amor de Cristo? ¿Las dificultades, la confusión, las persecuciones, la propaganda del Mal?

No os preocupéis. Todo lo superaremos de sobra gracias al que nos amó. Porque estoy convencido que ni la muerte, ni la vida, ni el presente, ni el futuro, ni el poder y la arrogancia de este mundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos en Sevilla de ese amor de Dios, presente en nuestras calles en Jesús, Señor nuestro.

Y si alguna vez flaqueamos, ahí tenemos a nuestra bendita Soledad, la que se privó de su Hijo por un tiempo para quedarse con nosotros. Porque un día Jesús nos la dejó como Madre y desde entonces Sevilla la hizo suya.

*No llores en su ausencia,
Soledad,
que amores no han de faltarte,
porque al alba cierta
Sevilla ha de darte
al que fue toda Verdad.*



Os decía al principio que, incapaz de descubrir el eco profundo de Sevilla, al menos intentaría revelaros el eco de Sevilla en mí.

Tú, costalero amigo de mi niñez, que has llevado conmigo el peso de este Pregón, sabes que sólo he querido hacer hablar a mi corazón. Y en él, como en el de todos los sevillanos, vibra ya para siempre un recuerdo imborrable. Si la Semana Santa nació del beso de amor del Padre en nuestras heridas, hace sólo unos meses Dios volvió a repetir ese gesto: fue aquel 5 de noviembre cuando nos visitó Juan Pablo II y beatificó a Sor Angela.

También en aquella inmensa multitud estaba Sevilla entera. Sin clases que separan, sin partidismos que desunen, aunados todos por una misma esperanza. En aquella larga madrugada —también madrugada de jueves a viernes— estaba Sevilla olvidada por una noche de sus divergencias y de sus envidias, de sus egoísmos y de sus temores. Esperando al que venía en nombre del Señor. Al que venía como testigo de la Esperanza. Al que, repitiendo palabras del Señor Jesús, nos diría: «No tengáis miedos».

En aquella larga noche, costalero amigo, le pedí al Señor que estuviéramos todos prestos bajo la inmensa trabajadera de este paso que es Sevilla a secundar la voz del Capataz que Él nos enviaba. Un Capataz que nos quería a todos juntos y por igual, para entre todos, sin distinción alguna, levantar a nuestro pueblo. Y hoy quisiera convertir en afirmación rotunda aquella esperanza.

Sevillanos: ha sonado el martillo en la delantera de nuestro paso, vamos a levantar entre todos a Sevilla. Seamos para nuestros hermanos, como Juan Pablo fue para nosotros, motivo de Esperanza. En una Ciudad transformada por el Señor, en unas Hermandades donde sea de una vez real el compromiso cristiano que es un compromiso por el hombre nuestro hermano sin distinción de ideologías, sin prejuicios que secan nuestro corazón, soportando todos juntos la Cruz de Cristo y su Pasión que hoy viven tantos sevillanos necesitados y desamparados; alegrándonos juntos también de la esperanza de la resurrección



de nuestro pueblo que es también prolongación de la Resurrección de Cristo

*Sevilla, Ciudad mía, Ciudad nuestra, ¡levántate!
Que te llamó el Capataz de Dios.*

Que este Año Santo de la Redención, cuando lo sevillanos nos reunamos a celebrar la muerte y resurrección de Cristo, cuando cada Cruz de Guía abra nuestro caminar por las calles de Sevilla, la primera «levantá» de nuestros pasos sea por nuestro Santo Padre Juan Pablo II que nos habló del Señor de las Bienaventuranzas, del Señor de la Unidad, del Señor del Amor.

Y cuando, empapados de sevillana ternura, esperemos el mágico encuentro de la Ciudad con su bendita Madre, la Virgen Santísima, mujer del pueblo, hacedora de la unión de la Iglesia, hermana nuestra y Esperanza nuestra, sea también la primera «levantá» de su paso por Sor Angela, madre también de la Ciudad, testigo de esperanza para los más necesitados, silenciosa y amable como nuestra Señora, sensible y llena de la gracia de Sevilla, orgullo de nuestra Ciudad, su más bella flor como hija de este pueblo que sabe amar como nadie a quien se le entregó como nadie.

*Dios te salve, Sevilla,
de gracia llena,
porque el Señor de nuevo
está contigo.*



